

DULCINEAS, QUIJOTES, SANCHOS Y ROCINANTES DE LA ÉPOCA MODERNA

Luis Fernando Cuartas Acosta

Existe la metáfora de la tierra, del lugar, del territorio. En el caso de Dulcineas, se encuentra uno con la aurora del mundo, no por que sea el comienzo de todos los comienzos sino por la presencia de lo femenino como imagen simbólica de la tierra, la diosa Gea, ejerciendo su poder sobre las relaciones que se establecen sobre la memoria mundo que cada ser construye sobre cada territorio. Todo está a punto de creación, génesis del mundo. En el caso del Quijote, la novela se reviste de una condición de vivencia, la literatura camina, es una puesta en escena de un ser que recorre una tierra magra y áspera en un tiempo difícil y caótico. En el caso de esta novela, de la cual vamos hablar hoy, se trata de contemporanizar esas metáforas, del cómo perviven en nuestra realidad diaria, de cómo esos seres que fueron recreados por Cervantes se nos presentan todos los días como presencias ineludibles.

No se trata de hablar de la influencia de la novela en nuestro medio, ni siquiera de una relectura como lo proponía Borges, hecha actualidad en los ojos de un nuevo escritor que se enfrenta en nuevas épocas, a reconocer el Quijote como una presencia viva del libro ya escrito. Sí se trata de eso, pero no sólo en ese lugar y en esos términos. Aquí, la propuesta es hablar de una serie de relaciones que la literatura construye con elementos imaginarios, que se salen del libro como tal, que se convierten en realidades, que mitifican los personajes o que los someten al rigor de abruptas realidades, dejándolos transcurrir como seres vivos que se convierten en testigos de nuestra historia, que se hacen vivencias en nuestro entorno.

Si algún libro ha logrado tal efecto es esta novela de Don Quijote de La Mancha. Encontramos quijotismos en cualquier empresa utópica, en las luchas desiguales entre seres imaginativos y seres obtusos para la creación, salvo que sea la mayor ramplonería pragmática. Sanchos abundan en cada callejuela de barrio y Dulcineas son cualquier muchacha a la cual la hemos enaltecido de tal forma que la convertimos en arquetipo inalcanzable, en amor flotante y casi inaprensible. Toda una serie de figuras que dicha obra ha dejado viviendo entre nosotros. En gran medida ese es el tema de esta pequeña charla.

Veamos algunos elementos importantes de este asunto, elementos que en el recorrido de la exposición se pueden ampliar y ejemplarizar con mayor extensión:

La Dulcinea es lo femenino.¿ Pero qué feminidad esta ahí presente?

La mujer idealizada

Con esto podemos caer en un lugar común. Para todos sabemos que Don Quijote se enamora de un arquetipo femenino, nacido de las novelas de caballería, de sus profundas lecturas, donde doncellas encantadas, damas de castillo y noblezas dignas de un amor sublimizado en el acto heroico, en la dedicación de admiración y en la sumisión del guerrero que presta sus servicios a un señor aprovecha para endulzar la cercanía con su dama. Una serie de conveniencias medievales, de códigos establecidos entre los caballeros armados en la cofradía, en la orden de obediencia y servicio y la capacidad de buscar favores y requiebros entre la nobleza a la cual cada caballero decía pertenecer. Se establecen toda una serie de alianzas eróticas, no siempre carnales, donde se realza la belleza como un don sublime, un sentido de amor idealizado entre el señorío y la dama, entre el caballero y su gesta. Existe en medio de toda esa metáfora toda una relación del culto mariano, la propuesta cristiana de un cielo femenino que serviría para mediar ante las fuerzas divinas en caso de peligro y de desasosiego. Hasta ahí sería el referente elemental que la obra propone, pero con una inmensa ruptura: dicha novela no está inserta en el mundo medieval propiamente hablando. Se trata de un mundo que se transforma agigantadamente, un mundo donde los valores se empiezan a medir más con el dinero y donde los caballeros están en el ocaso. De pronto, para España algunos de esos vestigios otoñales se conservan en la memoria viva de osados conquistadores de los reinos de ultramar, pero ya bajo otras circunstancias. La edad de la quimera, el Santo Grial, las largas hazañas están teñidas de soldadescas a sueldo, de rufianes de ocasión, de seres de carne y hueso que ya no hacen parte de las viejas novelas de caballería sino de un

mundo en expansión. Reinos de piedra y sangre, de espadas y de cruces, pero no bajo la impronta de Rolando o Amadís, sino bajo el signo de conquistar tierras, de fortificar reinados, de crear imperios sólidos y donde las princesas encantadas se convierten en coronas tiránicas y en alianzas territoriales y de mando, unificando por la fuerza las más dispares lenguas y las más conflictivas relaciones culturales y políticas. La Dulcinea que aparece en ese contexto, no es más que una pastora, una mujer sudorosa, con olor a establo y a leche recién ordeñada. Nada de princesas ni damas de corte. Esa mujer, en cierta forma, prefigura otra idealización de lo femenino, la mujer burguesa, la dama casada, lejana de andanzas y traspiés mundanos. La idealización tan sentida en el siglo XIX con la dama de la casa, en la mujer casta y buena, para diferenciarla de las casquivanas y las dulces y peligrosas mujeres del pecado. Ornato de la familia, presencia platónica de un amor purificado en el oficio de ser madre y esposa benigna y sumisa en oposición a las mujeres libres, las solteras de iglesia o las Melibeas en busca de una Celestina.

Pero más allá de esa relación también se empieza a establecer una relación idealizada de lo femenino en la medida que Dulcinea es parte viva de un territorio, la construcción de una madre patria, de un concepto de región contemplación, del goce de querer la Mancha entera en forma de mujer. Aquí la Mancha es todo lugar de añoranza, de trasegar, de búsqueda permanente de una supuesta identidad que dignifique ese amor y lo haga paisaje, recorrido, sensación de invención permanente, simbologías muy apreciadas por la modernidad, y que constituyen elementos que hasta hoy siguen vivos en nuestra cotidianidad.

Pero a esa Dulcinea añorada y deseada como un arquetipo le aparece una mujer de carne y hueso. Esa otra Dulcinea doméstica y real.

En toda la obra van resultando doncellas, pastoras, posaderas burleteras, ancianas que deambulan, mujeres que trabajan el campo, que sufren y aman en un mundo descarnado y difícil, seres anónimos que hacen parte de los no nombrados, de los nunca escritos como protagónicos de la literatura propiamente dicha.

En ese sentido Dulcinea es la mujer olvido rescatada. Una campesina es una dama por el poder de la escritura. Es la reinención de los valores, es la gestación de un mundo donde el escritor puede darse la libertad de crear nuevos códigos éticos frente al mundo. Acto que sólo es posible en la novela moderna. Ya no se trata de hablar en un lenguaje clásico donde cada ser tiene un lugar estricto e irremediable, aquí se trastoca el orden, se rebautiza en la invención.

Pero también es la mujer sexuada. En Dulcinea se da esa contradicción. En donde Don Quijote ve lo sublime, ese amor intocable y fidelidad asombrosa, aparecen las mujeres que ríen, las mujeres que aconsejan y tratan de enderezar el entuerto de un hombre salido de orden. Mujeres que encuentran en ese juego en donde se embarca Don Quijote una manera de trastocar la rutina, una fascinación por un discurso diferente al lenguaje verdulero e inmediatesta de la huerta y el mercado.

Dulcinea hoy en día sería un ser común y corriente que bajo la experiencia amorosa de alguien es enaltecida hasta convertirla en sueño. Pero es a su vez una mujer que reconoce que su soñador es el ser que la ha convertido en poesía y ella quiere recuperarlo para el limpio y elemental escenario de su vida.

Ahora vamos al Quijote:

Lo poético como forma de vida

Él es el mismo libro que camina. Una lectura inmediata nos ha mostrado que en él está un estado de utopía. La búsqueda de la armonía como fin, la creación de un mundo que pone a prueba la palabra escrita y la retuerce en vida para comprobar su eficacia, su contundencia posible. No vale ser un lector de libros, cualesquiera sean, se trata de hacerlos realidad, de hacerlos hechos reales, de asumir esa lectura como una tarea para la vida. No es el cerebro seco y enjuto, sino la condición de un lector para la vida. En ese sentido es un hombre de acción, propio de la modernidad. Es hacer vivir las teorías, riesgo escandaloso y trastocador del lector pasivo.

Pero a su vez, es un descubridor del orden alterado del mundo. La lectura a la que se ha sometido no es la absurda realidad que quiere hacer novela viva, es lo contrario, es un comprobador de la lejanía que existe entre lo escrito y lo vivido. Confronta cánones de comportamiento, convirtiéndose en una figura trágica, pues comprueba que el mundo del libro es abismal con respecto a la opaca cotidianidad. En él se prefigura, como lo dice Martha Robert, el intelectual que sale del libro y somete sus conocimientos a los molinos de viento, en donde todo libro se deshoja, se abre y despedaza, para convertirse en otra literatura, la terrible y angustiosa escritura de la vida.

En él también aparece el protagonista de muchas novelas posteriores, el trashumante. No es que antes no existieran esos andantes en busca de aventuras y en su vagabundeo hacían míticas todas sus acciones. En esta obra aparece un trashumante sin causa aparente, el Ulises en Dublín tiene cierta semejanza. El territorio que camina es su terruño, el paso de sus andanzas es entre vecinos y algunos forasteros de ocasión, pero lo ha convertido en una

novela que se mueve, en una burbuja donde el héroe pierde su aureola de leyenda mítica para convertirse en un andariego buscando como loco un lugar donde sus sueños sean posibles.

Es el héroe del no sosiego. Pendiente de un pasado que se quiere confrontar en un presente de incrédulos y de exclusiones, donde su actitud antes que ser la puesta en escena de los libros, es vista como un ser desquiciado perdido como un fantasma de sí mismo.

Por eso Don Quijote es puesto en nuestra cotidianidad como la imagen de la locura. Pero su acto es algo más profundo y a la vez más sencillo, es la reinención del lector. Hace que cada libro se lleve como un estigma, que nadie se someta en vano a ese paseo inmenso por las letras y pretenda salir ileso de esa aventura consigo mismo.

Sanchos

En Sancho se ha visto siempre la imagen de lo práctico. De esa forma elemental de hacer más objetiva la existencia sin pretender mayores sobresaltos y altibajos. Pero más que eso, prefigura un personaje de la modernidad bien claro, el deseo de ser «alguien», de no pasar en vano sin encontrar un punto de suerte o de gloria sobre una existencia difícil y sin mayores posibilidades de transformación. En su época, los labriegos condenados a la tierra tenían pocas posibilidades de cambiar su condición, pero soñaban con las Ínsulas Baratarias, los relatos de tierras lejanas llenas de oro y de gloria. Ser «alguien» era un deseo apremiante. Cuántos despellejados en la América colonial habían creado fortuna casi de la nada. La pobreza circundaba los campos españoles y las riquezas llegan a otras manos sin que se sintiera en las gentes rústicas de un reino tan rico. Ser gobernador era un sueño nacido del hambre y la necesidad. El sueño loco de pasar fronteras, de buscar fortuna, con una idea no tan sublime sino elemental de salir de la penuria. Ser «alguien» es la gestación de un proyecto moderno de sujeto, insertarse en el medio social para dejar de ser anónimo, ganar un reconocimiento por su lugar en el mundo. Esa ubicación realista del ser en un lugar y en un tiempo, aparece en los Sanchos que todo el proyecto moderno comienza a formular como condición de existencia. Es una fe un tanto laica, es una acción donde cada paso es mesurable y sentido como la búsqueda de ganar, ya no las indulgencias y el cielo nebuloso, sino el estar en la tierra, los pies bien puestos en el suelo y la cabeza bien puesta en las ventajas que pueda brindar la vida.

Mas Sancho no es sólo eso, es a su vez, con todos sus conflictos, la sabiduría popular, la chispa burlesca de una poética sin cuerpo. Es antes que el libro mismo la oralidad puesta en texto. Una presencia elemental de la inventiva del

mundo. La picardía, que no es más que un lugar utópico, donde la vida es glotonería y juego, la malicia como pellizco a la realidad y la risa como remedio para la soledad.

Sancho es un deslector. No cree en el libro pero está metido en él, hace parte de su recorrido y nos está mostrando que ese ser es tan importante como el que escribe y lee. Parodiando a Rimbaud, cuando decía que la pluma es tan importante como el arado, podríamos decir que este personaje se asoma a la literatura para descubrirnos esa carnalidad satírica del mundo, ese estado entre cándido y locuaz, que no se aleja de los Sanchos que habitamos cuando el poema nos reclama órganos, alimentos y capacidad para sobrevivir aún en medio de las más fantasmales pesadillas.

Y por último, Rocinantes y Jumentos

Es un homenaje a los aliados más simples. Rocinante y el borrico se convierten en una pareja casi tan inseparable como Don Quijote y Sancho. Una bella imagen de la amistad, pese las contradicciones y la adversidad.

Antes en la literatura existían Pegasos, Hidras, águilas y serpientes con poderes mágicos. Toda una pléyade de dragones, unicornios, que hacían de la relación con los humanos una serie de acuerdos y guerras mitológicas. En Don Quijote esa relación pierde ese sentido fabuloso, al menos desmitificado. Aquí ya no hay asnos de oro, ni pájaros que hablan, se trata de la belleza de lo común en míseros animales del campo. Rocinante no es un esbelto animal, ni el jumento pasa por una mula real. Es un personaje que se realza como otra conquista de la modernidad, cuando adquiere el estatus de amigo, algo más importante que la simplonería posterior de llamar mascotas a los animales cercanos a los humanos. Rocinante aparece en la literatura y llega a nosotros como un animal novelesco, legendario y moderno, cercano a su dueño como una simbiosis de naturaleza y cultura. Ya no saldrá de la literatura y antecede a otro tipo de relaciones como Moby Dick, o a las novelas de London, como el llamado de la selva. Los animales en la novela moderna se vuelven personajes que cuentan, que están en la trama viva de toda la historia. Tal vez habrá que llegar a Kafka para darse cuenta que entre escarabajo y hombre las relaciones son más cercanas que lejanas. Rocinante y el jumento son más que animales, en sentido estricto, son actores de una saga, que día a día vivimos desde el momento que animales y humanos conviven sobre la tierra y que Cervantes lo evidencia de una manera magistral en esta obra.

Para terminar, sólo resta recomendar que se encuentren con todos estos personajes a la vuelta de la esquina, que los vean en sus familiares y amigos, de todos modos, es un libro vivo que se nos metió en la vida.